



14. GENTE QUE ME QUITA EL SUEÑO

He pensado que, en vez de ponerme a hablarte de "necesidades" de la gente y de la urgencia de ayudarles, voy a empezar por contarte el regalo que, a lo largo de mi vida, supuso para mí el trato con gente pobre. Voy a presentarte a algunos de los que fueron mis amigos más entrañables: Georgino, aquel cochero pintoresco que conducía el coche (o mejor carricoche) durante mi viaje por Italia; Luisa, una viuda a la que conseguí convencer para que trajera a su vaca a pastar en los terrenos del colegio; Henri, un viejecito al que ayudé con dinero que me habían dado y que vino un día a enseñarme las botas que se había comprado; Félix, el vagabundo del que ya te hablé al que, cada semana a partir de aquel primer encuentro, hacía llegar a escondidas (¡hoy sería un escándalo para los no fumadores!) un paquete de tabaco, porque él necesitaba eso más que comer; Antoinette, una mendiga con la que tuve la suerte de poder sentarme largamente en un banco del jardín, con su mano entre las mías, porque lo que más reclamaba era cariño; el grupo de jubilados amigos a quienes pude ayudar a buscar algún trabajillo, como el de poner un puesto de flores cortadas en el jardín del convento; Michel, un chico de mi pueblo al que tampoco le gustaba París y al que anduve intentando hacer salir adelante; un obrero del que nunca supe el nombre, pero al que enviaba en secreto cada día un buen bocadillo (me había dado cuenta de que se escondía a la hora de comer, para que sus compañeros no vieran lo miserable que era su comida...).

Me llena de gozo recordar los rostros de un payaso que iba por Marmoutier con su cachorro de lobo, y el de los gitanos que vivían en su carromato, y el de los golfillos que entraron un día a robar en nuestra casa. Los pillaron y querían darles un escarmiento pero yo estaba segura de que hablando con ellos me los metería en el bolsillo (la verdad es que así fue...), y acabé fundando una escuela para ellos y dándoles por maestra a una de mis mejores amigas, Teresa Maillucheau.

En realidad no fui yo la que hice nada por ellos, sino justo al revés: cada uno me transmitió un rasgo de humanidad, en cada nombre y en cada rostro descubrí la dignidad de un hijo de Dios, gracias a ellos pude admirar la belleza que se esconde bajo las apariencias de un hombre o una mujer deteriorados. En una ocasión me indigné al escuchar este comentario: "Eso es demasiado bueno para los pobres". "¿Cómo que es "demasiado bueno"?, contesté, "¡A los pobres les daría yo hasta mi piel!"

Me gustaría ayudarte a escuchar el latido del corazón de los pobres y animarte a escuchar los mejores sentimientos escondidos en el tuyo, debajo de tus prisas, tus rollos, tus músicas... Me da miedo que te aburra pensar y que sientas alergia ante los aspectos duros de la vida, y digas que lo único que te importa son tus estudios, tu familia, tus amigos, tu futuro... O que pienses que eso de la injusticia, o del hambre, o de la deuda externa, son problemas que tú no puedes resolver y que los que tienen que arreglarlo son los gobiernos.

Hay un Sur también junto a ti donde estudias, donde te diviertes, en tu ciudad, en tu barrio, en tu pueblo... Tú no puedes desentenderte. El Señor preguntó a Caín: "¿Dónde está tu hermano?" Y él se escabulló diciendo: "¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?". ¡Claro que lo era! Y tú, y yo, y todos, también lo somos.

Lo primero que hace falta es aprender a mirar. Piensa en qué es lo primero que miras en una persona: ¿su aspecto? ¿su manera de vestir? ¿su mirada?... ¿Te desagradan encontrarte con gente a la que ves sucia, mal vestida, pidiendo limosna..., o con emigrantes con otro color de piel y otra lengua? ¿Cómo reaccionas ante sus rostros de angustia, de miedo o de tristeza, todos esos sentimientos que se reflejan en los gestos contraídos, los pies fatigados, en su espalda doblada por el cansancio o el sufrimiento, en sus andares frágiles y temblorosos? ¿Preferirías apagar la TV para no ver niños famélicos, pueblos abatidos por desastres de la naturaleza o por la guerra?

No rehúyas la mirada ante ellos, eso es lo primero si quieres ser de verdad "humana" y por supuesto, cristiana. Como en la parábola del samaritano, atrévete a mirar, deja que tu corazón se conmueva, que tus pies se acerquen y tus manos se tiendan hacia ellos. De verdad que vas a recibir mucho más de lo que des.

Te quiere,
SOFIA